



DIOS  
LA NATURALEZA  
Y LA  
HUMANIDAD



1

BL245  
M6  
v. 1

008320



EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



1080014494

# DIOS LA NATURALEZA Y LA HUMANIDAD

ESTUDIOS CRÍTICOS  
SOBRE LOS PRINCIPALES PROBLEMAS

DEL  
MATERIALISMO Y POSITIVISMO EXPERIMENTAL

PARA DEMOSTRAR QUE  
ENTRE LA RELIGIÓN CATÓLICA Y LA CIENCIA EMPÍRICA NO PUEDEN EXISTIR CONFLICTOS

POR EL SEÑOR  
D. FRANCISCO DE PAULA MONTELLS Y NADAL

Doctor en Ciencias  
Licenciado en Medicina, ex-Rector de la Universidad de Granada, antiguo Decano de la Facultad de Ciencias  
Catedrático de Química, hoy jubilado, etc.  
Comendador de la Real y distinguida Orden de Carlos III, Caballero de la Real Orden Americana de Isabel la Católica  
Condecorado con la Cruz de 2.ª clase de la Orden civil de Beneficencia, etc., etc.

CON UN PRÓLOGO-CENSURA

DEL  
M. I. Sr. Dr. D. BUENAVENTURA RIBAS Y QUINTANA, Pbro.  
Canónigo de la Santa Iglesia Catedral Basílica de Barcelona

OBRA ILUSTRADA CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

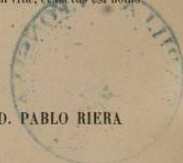
TOMO PRIMERO



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

*Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terre et inspiravit in faciem ejus spiraculum vite, et factus est homo in animam viventem. (Gén. ii, 7).*

BARCELONA  
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA  
calle de Robador, núms. 24 y 26  
1883



UNIVERSIDAD DE LEÓN  
BIBLIOTECA RIBAS Y QUINTANA  
2002

44976

BL 245

M6

Vol

ES PROPIEDAD



Capítulo de la Biblioteca  
de la Universidad de la Habana



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



## Á LA MEMORIA DE MI HIJA JUSTA



Tu temprana muerte, HIJA querida, cambió todo mi sér.

Tus relevantes cualidades morales me recordaban á cada instante á tu inolvidable y buena madre, tan pura y tan CÁNDIDA como su nombre.

Parecía que te sonreía un venturoso porvenir, y, sin embargo, fuiste desgraciada. . . . .

Después de aquel funesto desenlace, separado del bullicio de la vida activa, con un pesar profundo y huyendo de las miserias y falsía de los hombres, me he ocupado en coordinar los numerosos apuntes que hace años venía reuniendo sobre la lucha entre la Religión católica y la ciencia experimental.

En los momentos de suprema pena y concentrado dolor, sólo la fe cristiana ha mitigado mis amarguras, y á su amparo he buscado la paz del alma, ya que la dicha y la felicidad eran incompatibles con mi desgracia.

Recibe, HIJA adorada, este recuerdo de

TU INCONSOLABLE PADRE.

008320



EXCMO. É ILMO. SR.:



GOTADAS habían de parecer á primera vista la facundia y la sabiduria de los escritores católicos contra los absurdos conceptos de que va saturada la obra de Draper. Después que en artículos de periódico, en folletos y en obras conocidamente magistrales, en España y en todo el mundo, los autores católicos le han probado hasta la más penetrante y arrolladora evidencia al Catedrático de Nueva-York, que no existe verdadero conflicto entre las enseñanzas de nuestra santa Religión y la verdadera ciencia, el tiempo trascurrido ha podido demostrar que, procedente de la Sabiduría inagotable, jamás han de faltarle recursos á la verdad ya para defenderse, ya para brillar en todas las fases en que se la mire ó en que se la ataque. Y mientras los libros que precedieron á la publicación del que motiva estas líneas, demostraron á los hombres observadores, que los adalides del Catolicismo están perennemente preparados, ya para sostener la lucha, ya para provocarla, cuando á ello les impele ó la causa santa de la verdad puesta en duda, ó la indiferencia de espíritu de los que balancean su entendimiento entre lo que temen ó esperan ó desean, el autor de esta obra, anciano ya de días, pero dotado de una virilidad de fuerzas así morales como físicas de que se en-

cuentran pocos ejemplos, habiendo consagrado nada menos que cuatro y cuatro años próximamente al estudio y enseñanza simultáneas de las ciencias naturales en una de las más históricas Universidades de España, con insistencia atormentadora sintió arder en sus venas aquella sangre de fuego de aquellos antiguos catalanes que en épocas pasadas, así defendían con la punta de la espada los fueros y libertades de nuestra tierra, como con la pluma cantaban sus glorias, enarraban las hazañas de sus hijos, ó vindicaban á sus condes y monarcas.

Y no pudiendo ni queriendo nuestro paisano contener la indignación de que se sentía poseído ante los despropósitos que en nombre de un dogmatismo científico estampa Draper en su malhadada Historia tan mal traducida como difundida en nuestra nación, descuelga el escudo, enristra la lanza y se presenta al palenque, no á disputar un premio, sino para tan sólo devolver á la verdad científica su decoro en mal hora vulnerado, por quien no ha contestado siquiera á una sola de las refutaciones que en número considerable, se han ido amontonando sobre su persona y sobre su libro. Y para que cada una de las apologías que sobre la ciencia católica y la Iglesia que es su maestra, fuese la expresión de las tendencias y de la clase de estudios á que se han dedicado sus respectivos escritores, á pesar de que todos han debido ocuparse de todo al refutar á un autor que en su libro diríase que se propuso hablar de todo y de algunas cosas más, el señor Montells se ha detenido en lo que tiene relación directa con las ciencias naturales, ya tal vez porque habrá observado que sus dignos compañeros no lo han hecho tan extensamente como él con razón cree que debía de haberse hecho, ya también porque de día en día, hasta de hora en hora, son más jactanciosos y más atrevidos los ataques que en nombre de la ciencia novísima dirigen á la sabiduría de los católicos, hombres de gran valía, de saber reconocido y muchos en número de los que con pretensiones pueriles blasfeman de lo que ignoran, hasta con notable descrédito de unos estudios y de unos adelantos y de unos descubrimientos que apenas conocen por ni superficialmente.

Datos curiosos sobre la historia antigua y en especial sobre la Roma pagana, de la cual dice Draper que caminaba en el orden religioso á la unidad que es distintivo señalado é inapreciable del Catolicismo, cuando es ya sabido de muchos que contaba en su seno á centenares

las religiones por más que contase por millones sus habitantes; el célebre *Museum* de Alejandría; recientes investigaciones sobre la invasión de los árabes en España; refutación del entusiasmo, del cariño y de la preferencia que á Draper le merece la civilización del Islamismo, consignando que en nuestra nación misma, los árabes debieron muy mucho á la cultura de los cristianos, en la cual prueba nuestro autor con un examen de la filosofía de Averrós que los invasores se ilustraron no poco con la sabiduría de los invadidos, consignando con apreciable oportunidad que la historia de los sectarios del Korán en España es un gran libro en el cual, los detractores del Catolicismo deberían ver desmentido por completo el conflicto supuesto entre la Religión y la ciencia; observaciones nuevas sobre la aparición del protestantismo en Europa después de lo que consignó D. Jaime Balmes: acontecimiento que al fin, muchos van calificando ya con el carácter de retroceso y no de adelanto en la marcha de la humanidad; una especie de panorama en que desfilan los más grandes y renombrados sabios del mundo antiguo y del contemporáneo cuyos estudios y progresos, cuyos descubrimientos en la parte positiva del humano saber se examinan aquí; el antagonismo religioso tan pobremente ponderado por el historiador yankeé, sin descuidar la aplicación de la química, de esta ciencia que, sumamente práctica pasa del gabinete del sabio al taller del artesano; punto en el cual tal vez no han atinado cual se merece los apologistas del Catolicismo contra las aseveraciones de Draper, valiéndose de los mismos adelantos de las ciencias físico-químico-matemáticas: tales son los puntos cardinales que abarca la obra del antiguo Catedrático y jubilado Rector de la Universidad de Granada.

Tal vez en algunos de sus capítulos el lector encontrará difusión y algo de monotonía; pero hay que atender á que precisamente las materias aquí tratadas con alguna detención, son el blanco donde ajustan sus tiros con preferencia por una parte, la escuela materialista representada por Büchner, Vogt, Hæckel, Moleschot, Tuttle, Ulé y otras celebridades científicas contemporáneas que confunden la afinidad química con la fuerza vital, y por otra, los que aparentando ignorar que el organismo en su descomposición va siempre, siempre del más al menos, sientan que el hombre no es ni puede ser considerado como el límite de la creación, y que creyendo original y deslumbradora la teoría de

la generación espontánea, no han llegado á atinar en que resucitan errores de la filosofía griega, expuestos en el poema *De natura rerum* de Lucrecio, digno discípulo de Epicuro, y reproducción de las lucubraciones de las teogonías de la India que Darwin y Huxley no han querido reconocer y que aquí vienen refutadas con una argumentación que no tiene réplica racional, y que con el capítulo titulado *la Religión revelada y la ciencia experimental* constituyen una sección sumamente apreciable de apología Católica.

La geografía, la etnografía, la paleontología, la llamada ciencia prehistórica aparecen en esta obra estudiadas con suma lucidez, con profundidad y con una valentía en la frase, propias de un observador infatigable y hasta de un católico no menos entusiasta que ferviente, ya cuando examina las encontradas teorías de los que fijan la edad del mundo desde seis mil años, hasta á centenares de millones, y la de la aparición del hombre en la época terciaria ó cuaternaria procedente por medio de la abiogénesis de Huxley y Lamarck, ó formado por Dios mismo á imagen y semejanza suya, y las ciudades lacustres y las edades de bronce y de hierro y la cronología de Moisés y lo que hay de verdadero y de fantástico en esas cuevas que, antediluvianas, antehistóricas y antehomológicas, sólo recuerdan cuentos de hadas las más de las veces, porque salvas contadas excepciones, proporcionan más pábulo aéreo á la imaginación que pasto nutritivo al entendimiento de los sabios, como acontece en España, con las *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*. Todo esto constituye en esta especialidad, sin duda alguna, el mejor tratado que se ha escrito después de la obra del abate Moigno y las Conferencias de nuestro P. Llanas, para deducir que, «la verdad es inmutable: no varía en el tiempo, y mientras los descubrimientos anunciados se depuran en el crisol de la experiencia, mientras la lucha y la controversia sigue afanosa para alcanzar esta verdad, jamás podrá ampararse ni estar protegida con el augusto manto de la *Ciencia verdadera*, que es una emanación purísima de Dios.» Y sienta también una proposición altamente apreciable por lo racional y fundada cuando dice que, «la prehistórica no es más que un auxiliar de la antropología» y que «el hombre se ve arrastrado por una fuerza superior, irresistible, que le impele hacia lo extraordinario y sobrenatural, y cuando ha perdido la fe religiosa, busca en sus ideales ese mundo hipotético,

ese mundo fantástico, lleno de dudas y plagado de nebulosidades para satisfacer una de las necesidades propias de su sér: lo maravilloso.»

Manía llega á ser el afán que los llamados hombres de ciencia ostentan en paganizar la ciencia: ciencia que por cierto no han definido hasta la hora presente; afán que va llegando á ser pueril y cuyos esfuerzos van encaminados á pretender demostrar que es perpétuo, irconciliable el antagonismo que media entre la Iglesia católica y los adelantos del saber. El Sr. Montells, con la veneranda autoridad que acompaña á su edad avanzada, con el conocimiento de causa y efecto que le ofrecen sus estudios, á cuyo progreso ha dedicado su vida entera y una vocación tan rara como constante, con la valentía que le prestan su fe profunda y sus arraigadas convicciones religiosas, hace comparecer y desfilar en esta obra á todos los sabios de la antigüedad, á todos los que en esta época llaman al Catolicismo refractario y levantan hasta la región de las nubes sus invectivas y sus lamentaciones, porque «es, dicen, rueda que no engrana en el mecanismo del progreso indefinido,» y les prueba con razonamiento penetrante, que ni la ciencia verdadera es rémora del adelanto, ni el progreso verdadero está reñido con la ciencia católica que es precisamente emanación del Dios de las ciencias. Si algo debiera temer la enseñanza católica en el terreno científico, sería la ignorancia ó la escasez de conocimientos de los que la denigran, porque sabido es que la temeridad y la obcecación siempre han sido el distintivo de los que ignoran ó están infatuados por lo poco que saben: sin que se encuentren en términos hábiles para profundizar cuestiones cuya trascendencia y encadenamiento no son capaces de ponderar; y como navegante que en noche oscura y en mares desconocidos, perdido el derrotero camina á la ventura, así esos hijos ilusos de la mal llamada ciencia moderna, sin punto de partida, sin sentar principios que son los puntos fundamentales de todo estudio y de toda discusión racional, sin darse cuenta de ello en sus discusiones y en sus libros, asestan heridas de muerte á la lógica, desde el instante en que prescinden de Dios y cierran los ojos á la esplendente luz de la historia del saber humano que es precisamente la historia del Catolicismo. No le sorprende por otra parte á esta Religión, que siendo divina santifica todo lo que toca, no le sorprende que al declinar el siglo XIX, la herejía se revista con el ostentoso oropel de las ciencias



experimentales, como en sus albores se presentaba en nombre del racionalismo descarnado, ó envuelto entre las nebulosidades de una metafísica pudorosa y sin principios ciertos y evidentes, ni le aturden los clamores de la flamante literatura histórica que exhuma los siglos pasados, como si fuesen épocas contemporáneas, porque al fin, la India con sus mismas pagodas, la China con sus centenares de millares de imperios y el mismo Egipto con sus textos cuneiformes, de día en día confirman con la certeza de la revelación Mosáica, las armonías de la ciencia acorde con la fe. Á este resultado, á esta confesión humillante para la soberbia de la ciencia descreída, pero confesión gloriosa para los verdaderos sabios, según la Iglesia, han de venir á parar todos los esfuerzos de los que sientan su espíritu acosado por las ansias del saber: y ¿quién sabe? tal vez á no tardar depondrá á los piés de nuestra santa Madre sus preocupaciones y su rencor, esta falange de hombres estudiosos, verdaderamente apreciables bajo muchos conceptos, aun los que, después de haber dicho en el sistema panteísta que todo es Dios, arrojados en brazos del idealismo, lo han reducido todo á la nada; aun los que, juntando y acumulando ambos extremos y para crear nueva escuela, atraídos por teorías que están muy en boga y obtienen señalada privanza en ciertas regiones de Alemania, en síntesis absurdas, que prueban hasta donde pueden llegar las aberraciones de la razón, enseñan que el todo es la nada y que el sér es el no ser. Y á esta confesión seguirá la de los que, escudriñando con el microscopio el mundo de lo infinitamente pequeño y con el telescopio el mundo de lo infinitamente grande, hoy no quieren reconocer que en efecto los cielos cantan la gloria y la sabiduría de aquel Señor *qui possuit in sole tabernaculum suum*, que camina y vuela en alas de los vientos, que sabe el número de las estrellas y las llama por su propio nombre, de cuyas manos es obra toda la creación; desde el insecto hasta la ballena, desde el hombre, rey de todo lo creado, hasta la más pintada y más olorosa de las flores.

Á este resultado feliz, á este retorno á la casa materna de la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica y Romana, que es templo y asiento de sabiduría, por parte de los que divagan en las oscuras regiones del error, han de contribuir, y en realidad contribuyen, obras como la del Sr. Dr. D. Francisco de Paula Montells.

Por lo cual, Excmo. é Ilmo. Señor, habiendo examinado con toda la

atención que se merecen las materias trascendentales que contiene la obra titulada *Dios, la Naturaleza y la Humanidad*, y no habiendo sabido encontrar en ella principios ni doctrinas contra el dogma y la moral del Catolicismo, salvo el parecer de V. E. I., creo que puede concederse el permiso que para publicarla, solicita su sabio autor.

Barcelona 8 de diciembre de 1882, festividad de la Purísima Concepción de la Madre de Dios.

Dr. Buenaventura Ribas y Quintana, Pro.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona.

## SECRETARÍA DE CÁMARA DEL OBISPADO DE BARCELONA

Á la solicitud de V. con fecha 23 de agosto ha recaído el siguiente decreto:

«Barcelona 15 de diciembre de 1882.—En vista de la favorable *censura* que ha recaído en la obra *DIOS, LA NATURALEZA Y LA HUMANIDAD*, damos nuestro permiso para que pueda publicarse la referida obra, debiendo antes entregar en la Secretaría de Cámara dos ejemplares visados por el Censor. Lo decretó y firma S. E. I. de que certifico.—El Obispo.—Por mandato de S. E. I. el Obispo mi señor,—Ignacio Palá y Martí, Canónigo, Secretario.»

Lo que traslado á V. para su conocimiento y efectos consiguientes.—Dios guarde á V. muchos años.—Barcelona 16 de diciembre de 1882.

Ignacio Palá y Martí, Canónigo, Secretario.

Sr. Dr. D. Francisco de P. Montells y Nadal.

UNIVERSIDAD DE NOTIVO LEON  
Dpto. de Estudios y Biblioteca



## DOS PALABRAS Á LOS LECTORES



LIBRO es éste, querido lector, que no es político, ni está destinado á defender ninguna clase de intereses de partido.

Tampoco se ha escrito para los sabios.

Su objeto lisa y llanamente se limita á manifestar los errores, falsas doctrinas y locas pretensiones del materialismo y positivismo científico, para que te persuadas, si acaso tuvieres alguna duda, que al Catolicismo se le combate con armas de mala ley, las cuales están fuera de la órbita que recorre la ciencia experimental y de observación en nuestros tiempos.

Su lenguaje no será el lenguaje levantado de los sabios sino sencillo, inteligible y vulgar al alcance de todas las inteligencias. Queremos que nos comprendan hasta los más ignorantes.

Muchas son las publicaciones en pequeños volúmenes que han invadido la sociedad en que vivimos, y se difunden con intención siniestra en la juventud estudiosa, en las clases trabajadoras y entre aquellos que teniendo una instrucción mediana, si bien suficiente para su honrosa profesión, no distinguen la ponzoña que ellos encierran. Su reducido precio los pone al alcance de todos, su superfi-

cialidad facilita la lectura, y de aquí una propaganda funesta cuyas consecuencias tocamos, por desgracia, todos los días.

Pudiéramos hacer otro tanto; pero se resiste á ello lo levantado del asunto, la importancia que entraña, la santidad de su objeto y hasta, si se quiere, nuestra propia dignidad. Siempre nos ha parecido, que los problemas del materialismo y positivismo modernos, que pretenden escudarse con la ciencia empírica para combatir las creencias católicas, debían tratarse de un modo serio y formal, buscando en la historia, en la verdadera filosofía y en la *misma ciencia*, los materiales necesarios para desvanecer aquellas preocupaciones y aniquilar todos sus sofismas y errores. La teología desempeñó con gloria esta misión enojosa; toca ahora hacer lo mismo á la *ciencia experimental* que invocan los incrédulos.

Si con laudable proceder se han publicado algunos libros escritos con poético estilo y levantada erudición, el error y la duda científica han quedado lo mismo, y aquellos trabajos aunque notables por muchos conceptos, han sido, no obstante, ineficaces para demostrar los extravíos científicos que han aceptado y forman el credo del materialismo y positivismo contemporáneos.

En nuestra larga experiencia hemos observado prácticamente que muchos profesores consagrados al magisterio, sobre todo, aquel que está destinado á la infancia, leen con avidez estas ligeras producciones del materialismo y positivismo; dudan primero de las doctrinas, luego las creen una novedad, considerándolas como verdaderos adelantos de la humana inteligencia, y concluyen aceptándolas de la mejor buena fe para difundirlas y propagarlas, temiendo que se les califique de retrógados ó ultramontanos, epítetos que algunos tienen por ofensivos. Conviene desvanecer el espíritu de ateísmo que en nuestra sociedad está infiltrándose en la infancia.

Esta es, entre otras, una de las colectividades para quienes hemos escrito nuestro humilde trabajo. Los maestros son los que se apoderan del corazón de la infancia é imprimen en estos tiernos seres los primeros sentimientos de religión, virtud y patriotismo. Sólo la *enseñanza primaria* tiene el augusto privilegio de formar las generaciones.

Es necesario que estos profesores encargados de la enseñanza de la infancia conozcan y lean, para que luego comparen y elijan. Nosotros

únicamente les rogamos, *que si comienzan la lectura de este libro, tengan constancia para terminarla*. En él hallarán elementos bastantes para conocer y dilucidar los problemas científicos de actualidad.

¿Necesitarán, acaso, estos Maestros de la niñez, mayor suma de conocimientos, que los marcados por la legislación actual?

Nos parece que no. Por ahora bastan los exigidos si se sabe utilizarlos.

La modesta remuneración de sus trabajos, la manera ingrata, anti-social y hasta indigna como alguno de ellos ha sido considerado, el alcance limitado, aunque importante y santo de la misión que están llamados á llenar, dice á grandes voces, que no deben aumentarse las asignaturas y materias que forman la carrera de Maestro, como alguno ha indicado; lo cual sería inconveniente y no daría el resultado práctico que se desea.

Se necesita otra cosa. Conviene y consideramos indispensable que los Maestros, y con ellos otras clases respetables, tengan mayor *ilustración*, sean en una palabra, más *instruidas*. Esto se consigue con la lectura de libros *ad hoc*, los cuales patenticen los errores y falsas doctrinas de imaginaciones extraviadas, que en sus delirios vienen á guarecerse bajo el manto de las ciencias experimentales y de observación.

Siempre hemos creído que *enseñar* y *educar* son cosas del todo diferentes y distintas de las que llamamos *instruir* é *ilustrar*. Se enseña y se educa en el seno de la familia, en las clases de párvulos y en las elementales y superiores de la primera enseñanza; se enseña y se educa en los Institutos y en las facultades de todas las Universidades hasta la licenciatura; se enseña y educa en los Colegios, Escuelas Normales y en las Escuelas especiales y de aplicación; en todos estos gimnasios, en fin, se enseña y educa al que no sabe. Empero se *instruye* y se *ilustra* en los Estudios superiores de los Establecimientos oficiales, en los Liceos y Ateneos, en los Centros científicos, en las Academias, en los Círculos, Casinos y Sociedades, donde el oyente tiene formado ya su perfecto criterio acerca la doctrina que se sustenta; donde el que asiste sabe suficientemente la cuestión que se debate, conoce la materia de que se trata y puede juzgar del estudio puesto á la orden del día; donde la discusión, por último, sirve de luminosa antorcha y la controversia de corriente electro-dinámica á la inteligencia, y son una conse-

cuencia necesaria de la índole y carácter de aquellos discursos propios y peculiares de estos centros del saber del siglo en que vivimos.

Y aquí recordaremos lo que dijo Miguel Lepelletier en el apogeo de la revolución francesa: «Formar hombres, propagar los conocimientos humanos, son las dos partes del problema que debemos resolver. «La primera constituye la *educación*; la segunda la *instrucción*...»

Estas verdades, que nadie se atrevería á poner en duda, se ahogaron entre el torbellino de la impiedad y en el hálito asfixiante de corrompida sangre.

Nuestro libro, pues, caro lector, sin pretensión alguna, aspira á ser útil y provechoso á todos aquellos que no han profundizado lo bastante los arcanos de las ciencias experimentales y de observación en sus diferentes fases y evoluciones, y á los que hacen alarde de conocer los áridos problemas de estas ciencias bajo un criterio exclusivamente materialista y positivista.

Indudablemente que hallarán también en este trabajo planteados y con suficiente número de datos para formar un juicio exacto, otros problemas y teoremas trascendentales palpitantes, que interesan inmediatamente á nuestra agitada sociedad y son en estos momentos la pesadilla de muchas altas capacidades estadísticas y políticas que pretenden dirigir á los hombres por senderos espinosos, emancipándoles del Catolicismo y envenenando la paz del santo hogar de la familia.

En el último cuarto del siglo XIX el espíritu científico empírico ó experimental é incrédulo, ha invadido casi en totalidad nuestra turbulenta generación. Las cuestiones más dificultosas y oscuras y aquellas que tienen su punto de partida en la experimentación directa, han vuelto á ser objeto de preferente estudio, y en este examen analítico bajo la antorcha luminosa de las ciencias exactas, físicas y naturales; en este reconocimiento escrupuloso siguiendo las observaciones de la biología, de la etnografía, de la lingüística y de la arqueología prehistórica terrestre, ó de los estudios siempre difíciles en la profundidad de los mares y en la inmensidad de los cielos; en estas investigaciones importantes de las excursiones geológicas, paleontológicas y antropológicas, que hoy día pertenecen á todas las esferas y jerarquías humanas, se dilucidan con el mayor aplomo y desenfado en reuniones y sociedades

especiales tan profundos como trascendentales problemas. Empero desgraciadamente se resuelven con frecuencia con escasos conocimientos y con un criterio librepensador, que los arrastra por una pendiente inevitable precipitándolos á un abismo sin fin.

¿Quién será tan insensato que se atreva á querer suspender la marcha progresiva de la humanidad? ¿Quién el osado pensador, que fascinado por las leyes de la observación física resuelva de plano estas cuestiones, sin contar con un Agente Todopoderoso, con un Creador inmenso, potencial, eterno, infinito, que dirige estos mundos al través de los tiempos con sorprendente regularidad y armonía?

¡Ah! ¡desgraciado del ateo que busca en el acaso el desenvolvimiento de las leyes físicas y naturales, y á ellas sujeta no sólo los grandes fenómenos del Cosmos, sino los impulsos múltiples de la conciencia humana! Bien decía el gran Bossuet, que la tendencia del hombre es el perfeccionamiento hacia todos los géneros, para lo cual Dios quiso que pusiera los piés en la tierra, mientras que su cabeza se perdía en lo infinito.

¡Ojalá pudiéramos persuadir y convencer á muchos ilusos y con especialidad al señor Doctor J. W. Draper, de los errores, exageraciones y falsas doctrinas que contiene su libro *Historia de los conflictos entre la Religión y la ciencia!*

No tenemos semejante presunción. El señor Draper, profesor de la Universidad de Nueva-York y autor de varias obras, es un sabio de los que no ceden de sus doctrinas, ni se enmiendan de sus errores.

Convenimos desde luégo que nuestro libro no estará exento de ellos; pero no de los llamados *ortodoxos*, y que en él se encontrarán muchos lunares y defectos de otra índole; agradeceríamos que se nos señalasen para que, siendo justos y fundados, pudiéramos corregirlos cuando se presentara ocasión oportuna.

Esta tarea sería para nosotros en extremo grata y satisfactoria, y lejos de causarnos enojo, daríamos las *gracias más cordiales* á quien tuviera tanta amabilidad y galantería.

Es muy posible que algún lector concienzudo, y tal vez, rigorista en demasía, haga notar, que ciertos pensamientos, principios y teorías se repiten en nuestro libro, aunque bajo diferente forma.

Esto se ha hecho intencionalmente para impresionar al lector, y

presentarle el error materialista ó la exageración positivista con distintos aspectos. Queremos que su juicio se rectifique, y aspiramos á que adquiriera verdadera solidez.

Sentiríamos que una crítica severa ó quizá apasionada, nos señalara defectos en la manera de apreciar la forma y la construcción, creyendo que nos separábamos de las reglas generalmente establecidas por el uso ó por una corruptela; como, por ejemplo, respecto al *artículo* y *terminaciones* de los nombres árabes, que hemos aceptado como de buen origen, en la reseña histórica de los musulmanes en España.

Contestaremos á semejante réplica, copiando á la letra cuanto de importante ha consignado sobre este asunto el señor Don Emilio Lafuente Alcántara, en la introducción de la Crónica árabe *Ajbar Machmúa*.

«Hay datos suficientes, dice este sabio académico de la Historia, (que hace años bajó al sepulcro en edad temprana), para afirmar que la pronunciación de los árabes españoles es muy semejante á la de los modernos marroquíes.

»Los orientalistas extranjeros acostumbran á suprimir el artículo (Al) de los nombres propios; pero no encontramos razón bastante para seguirlos en este punto. Todo nombre que principia con el artículo, es ó ha sido antes, más bien que nombre, un epíteto, un sobrenombre ó un nombre patronímico, y su supresión es inconveniente y á veces ridícula. *Almanzor* no es nombre sino adjetivo, el victorioso; *Al-Harits*, el labrador; *Al-Becri*, el de la tribu de Becr; *Ar-Rondi*, el Rondeño. La supresión del artículo en estos casos y otros muchos equivale á lo que pudiéramos hacer con los dictados de el Bueno, el Sabio, el Católico, el Abulense. En aquellos nombres en que los árabes lo escriben y pronuncian lo hemos conservado en la transcripción; etc.

»Otro tanto puede decirse, continúa el señor Lafuente Alcántara, de ciertas terminaciones que se van generalizando entre nosotros sin razón bastante: Abbasidas, Aftasidas, Yemenitas, Kaisitas, son terminaciones francesas, que no hay motivo para adoptar, teniendo en nuestro idioma la que es más conforme con la palabra árabe, Kaisies, Yemenies, Modharíes, etc., puesto que el singular es Kaisí, Yemení, Modharí, etc., etc.»

Y un poco más adelante, en la 3.<sup>a</sup> regla, añade: «Los plurales de las terminaciones en *i* serán *ies*.»

Inútil será que digamos, porque debe desde luego suponerse, que se han consultado cuantas obras, periódicos, revistas, memorias, manuscritos, códices, crónicas y diccionarios hemos habido á la mano, ya en bibliotecas públicas y particulares, ya en las de las Escuelas especiales de Madrid, buscando con cuidadoso afán materiales apropiados para nuestro objeto. Á pesar de todo, nos dispensamos de las *citas* y *notas*, que harían nuestro trabajo demasiado voluminoso.

Quizá algun docto positivista encontrará en nuestro libro un espíritu de contradicción. Nada de eso. No combatimos á ninguna escuela, sólo por el prurito de combatirla; no negamos teoría ni hipótesis alguna, por negarlas tan sólo; ni mucho menos aplaudimos las doctrinas que están más en boga para explicar las leyes del mundo fenomenal. Nos contentamos con ser más modestos. Ponemos de relieve, tal cual comprendemos, las anomalías, las peripecias y los errores que han presentado las diferentes concepciones de los hombres en el trascurso de la historia de la ciencia; la diversidad de sistemas encaminados á descubrir la *verdad*; todo según nuestro humilde criterio conforme á la doctrina Católica.

No era, por cierto, la tarea que nos habíamos impuesto.

No se nos tache tampoco de pesados y minuciosos. No escribimos una Memoria superficial y ligera, llena, tal vez, de poesía para que sirva de solaz y pasatiempo. Hemos querido escribir un *libro* serio y formal. Exponemos nuestras doctrinas en el campo de la ciencia en todas sus fases y manifestaciones, y rechazando y controvertiendo las escuelas anticatólicas, damos á la vez al lector materiales suficientes para que, según su criterio, compare, juzgue y elija.

El asunto, en nuestra opinión, es demasiado trascendental para ser tratado con hipocresía ó con desdeñosa puerilidad.

La última palabra de la física-matemática es terrible; proclama sin reserva alguna, que la materia que forma nuestro sistema planetario ha estado originariamente esparcida en el espacio inconmensurable en pequeños fragmentos, y que la energía primera del Universo era potencial, faltando la luz, el calor, la electricidad y la vida. En verdad que no se puede ser ni más materialista ni más ateo.»

Somos católicos de corazón, sin mistificaciones ni espíritu de partido, y en este concepto entramos en el palenque llenos de fe y con absoluta independencia. La fe de Jesucristo, decía el gran Canciller en medio de sus errores, es el aroma de la ciencia. *Fides, aroma scientiarum.*

Si en nuestro trabajo se vislumbrara alguna idea contraria á los dogmas de la Iglesia de Jesucristo ó á la Divina Revelación, téngase por no dicha, quedando desde luégo retirada; repitiendo para que se tenga presente lo que dijo Descartes: *He vivido conservando concientemente la Religión en que, gracias á Dios, me educaron en mi infancia.*

De todos modos, lector querido é indulgente, me permitirás que te diga, recordando también un pensamiento del señor Don Melitón Martín, en su magnífico libro *Ponos*; que *este mi hijo* será, si tú te empeñas, manco, tullido y contrahecho; pero al fin y al cabo es mi hijo, y como tal no puedo menos de quererlo.

Con él y tal cual es, pruebo con la mayor evidencia, que *entre la Religión católica y la ciencia no pueden existir conflictos*; ó bien presento *los conflictos de Draper, y el materialismo y positivismo científicos ante la historia y la ciencia.*



## INTRODUCCIÓN

**D**E día en día la lucha entre la Religión verdadera y la ciencia experimental, toma colosales proporciones. El ateísmo ha continuado en nuestro siglo su funesta propaganda, y en sus delirios considera que muy pronto recogerá los sazonados frutos de sus descabelladas predicaciones. Todo se acrisola en el candente horno de la incredulidad, del error y de la calumnia. Los adelantos de la humanidad en la carrera de la civilización, sirven de escabel para elevarse sobre el pedestal de la irreligiosidad. El Catolicismo es atacado y combatido rudamente en sus dogmas más fundamentales por una filosofía positiva y pagana, que ha buscado sus argumentos en las ciencias exactas, físicas y naturales, en la biología, en la astronomía y en la antropología. Apoyados también en todas estas ciencias, debemos rechazar estos ataques.

Una mitad del mundo se agita convulsa, impulsada por la engañadora política bajo el emblema de la libertad civil, y en estas oscilaciones continuadas se hiere profundamente el sentimiento católico de la mayoría de los hombres, se subleva las conciencias de aquellos que sólo desean paz y sosiego, y se pone á la sociedad al borde de un abismo insondable.

Se repiten todos los días los argumentos de siempre, desacreditados hace años por filósofos católicos, se recuerdan las alternativas de épocas ya juzgadas y la historia nebulosa de los primeros pueblos se interpreta á placer y cual conviene á los librepensadores, buscando en dudosas leyendas, en antiguos recuerdos y fabulosos misterios, las tra-



La creación.

diciones religiosas que veneran los hijos de Jesús ó las proféticas inspiraciones de los Libros Sagrados que son el fundamento del Cristianismo.

Los progresos, pues, del materialismo y positivismo científico, se dejan sentir por todas las clases de la sociedad, y son la causa del mal-estar general que nos aqueja.

Apenas van trascurridos ocho años que un ilustre profesor de la Universidad de Nueva-York, el Doctor J. W. DRAPER, dió á luz un nuevo

libro, que intituló: *Historia del conflicto entre la Religión y la ciencia*. En ella están condensados á su manera todos los errores de las escuelas modernas anticatólicas.

Conocíamos de este sabio la *Historia del desarrollo intelectual de Europa*, y nos apresuramos á adquirir y estudiar su último trabajo,



Creación del hombre.

creídos que halláramos en él algo útil y científico que aclarase, ya que no resolviese, alguno de los muchos problemas de actualidad.

Y en verdad, que á no ser por el pomposo y altisonante título del libro de Draper, es muy posible que hubiese pasado desapercibido, sin alcanzar el éxito que se le atribuye.

Desde el momento formamos el proyecto de demostrar cuan equivocado andaba en sus pretendidos *conflictos* el honorable Doctor, y